





Prólogo por Esteban Figueirido Woodford

EL VIAJE

Una travesía con destino a la restauración del alma

Marcos Céspedes



Platero
COOLBOOKS

Título: El viaje

Primera edición: diciembre, 2022

© 2022, del texto Marcos Céspedes.

© 2022, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n.

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas, han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Todos los derechos reservados. Las citas marcadas (BLP) han sido tomadas de La Santa Biblia, La Palabra, (versión española) © 2010 Texto y Edición, Sociedad Bíblica de España, Las citas marcadas (RVR1960) han sido tomadas de La Santa Biblia, Reina-Valera 1960 * © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso. Las citas marcadas (TLA) han sido tomadas de La Santa Biblia, Traducción en Lenguaje Actual. Copyright © 2000 by United Bible Societies.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Categoría: Crecimiento personal

ISBN: 978-84-19492-26-5

*A mi compañera de viaje, mi esposa,
Delmis y a mi hijo Marcos.*



Agradecimientos

Gracias a mi profesor de escritura y amigo, José Luis Navajo, y a todo el equipo de Ágora Creativa, en especial a Gisella por su inestimable ayuda. Gracias a todos mis amigos y a nuestra querida iglesia «Esperanza para el Corazón» por acompañarme en mi viaje hacia la restauración.



Reseñas

Los seres humanos necesitamos historias. Tienen el poder de transmitir un mensaje entrelazado en la belleza de la narración. Este libro no son meras historias desconectadas, ni es meramente una historia distante, por hermosa que sea. Conforme te sumerjas en él, descubrirás que también puede ser tu historia. Necesitas conocer esta historia.

—Emilio Carmona

Secretario General de la Alianza Evangélica de España

Querido lector, el libro que tienes en tus manos es la ópera prima de mi amigo Marcos Céspedes. Con una narrativa fresca y un contenido bien documentado, el autor nos presenta un viaje por los rincones del alma, en una travesía que nos lleva a la presencia de Dios. No nos habla desde la erudición o la reflexión teológica de biblioteca, no, nos habla desde su propia experiencia de desierto personal. Ahí radica la grandeza de esta obra, constatando una vez más que Dios es especialista en convertir los valles de lágrimas

en fuente de bendición, y las heridas del alma en cicatrices de esperanza. Te invito a sumergirte en sus páginas de la mano de su autor, Marcos Céspedes.

—Juan Varela
Pastor, escritor, conferenciante internacional
y director del INFFA

Prólogo

Agradezco a Marcos que me solicitara hacer el prólogo de este libro. Siempre es un honor que te den esa oportunidad, a la vez que transmite una especie de admiración o reconocimiento, y un afecto, que en este caso es mutuo.

Tenemos delante un texto fácil de leer, sencillo y profundo al mismo tiempo, pues está acercándose a una realidad, mucho más frecuente de lo que se piensa. Y aunque el autor nos presenta algo útil para cualquier lector, estoy pensando en personas que están en el liderazgo, que sirven a otros, que viven volcados en el Ministerio, y que no por eso están excluidos de llegar a ese momento de desierto o de sequía, como Marcos nos describe, haciendo un paralelo con las vivencias del profeta Elías.

Me parece atractivo cómo Marcos «pone vida» y nos acerca a la historia bíblica de aquel momento, en sus diálogos y personajes, con diversos pensamientos y emociones en juego. Este acercamiento al texto refleja la interpretación particular del autor, que puede generar alguna discrepancia en el lector, pero que justo eso es lo que enriquece, ayudando a la reflexión. Tengamos en cuenta que no se trata de un estudio riguroso-exegético del pasaje, sino de una aproxi-

mación desde el corazón, con el arte de la narrativa, y persiguiendo, como el mismo autor confiesa, reflexión y sanidad.

Otra cuestión que se puede observar es que el escritor sabe de qué habla. A la vez que nos acerca a Elías, «hombre sujeto a pasiones como las nuestras» (Stg. 5:17), él mismo nos deja ver su propia vulnerabilidad al abrir su corazón para confesar sus luchas. ¡Qué importante es mostrar nuestra fragilidad! Y dejar de querer dar una imagen de uno mismo que no se ajusta a la realidad. ¡Cómo cuesta a un pastor, en general, reconocer que padece ansiedad, que está realmente agotado y que necesita ayuda!

Creo que muchos podemos identificarnos con Marcos de alguna manera. No es difícil llegar a momentos de estrés, de un profundo cansancio, donde nos llenamos de negatividad y de miedo, como Elías en la cueva. Cuando llegamos a una situación así, el cuerpo sabio nos mandará señales de alarma. Para algunos, síntomas de ansiedad, para otros, problemas intestinales, de la piel, caída del pelo, jaquecas, dolores en el pecho, dificultades para respirar, sensación en la cabeza de estar flotando, a veces parálisis en alguna parte del cuerpo, etc... Al mismo tiempo, el sistema emocional se alterará, estando inestables, más sensibles, tristes, apáticos, irritables, inseguros... y a nivel cognitivo, la predominancia de pensamientos negativos, de culpa, de inutilidad, de fracaso, de desesperanza... y las dificultades en las capacidades de atención, memoria, concentración, razonamiento... ¿Te suena algo de esto?

Es comprensible que en un estado así, uno sienta que está en un desierto. Y como el autor nos dice, en el desierto uno tiene sed, necesita beber, quiere agua. Con realismo, Marcos nos habla de que, en esa búsqueda de saciar la sed,

hay tiempo que percibimos como de «silencio divino», un período de «ausencia», pero que al final, tarde o temprano «llega la voz», la «presencia» de Dios, una «lluvia de esperanza».

A lo largo de las páginas de este libro, verás ese proceso. También encontrarás la tendencia a refugiarnos en «la cueva», donde uno se siente falsamente seguro, es más, donde hay una triste posibilidad de acomodarse a ella, y quedarse allí, sin buscar la sanidad o restauración necesaria. No hay otro camino que «salir de la cueva», pasearse de nuevo por el «jardín», ese «lugar seguro», donde nos encontremos con Aquél que da vida, que salva y restaura nuestra salud.

Después de la lectura de este libro, en conclusión, me quedo entre otras cosas ya mencionadas, con lo siguiente: primero es necesario reconocer nuestra situación, segundo hay que salir de la cueva, y buscar la presencia de Dios, aferrándonos al Espíritu Santo que está en nosotros. Añadiría en este sentido que, aunque El Señor es la presencia imprescindible en este «viaje», también es de utilidad incorporar algún Eliseo, dejándonos acompañar por amigos, familia, hermanos en la Fe, y en ocasiones con ayuda profesional.

No olvidemos, finalmente, que la Palabra de Dios, con toda su riqueza, sigue siendo útil para darnos las orientaciones necesarias para prevenir caídas, y en el caso de caer, para ponernos de nuevo en pie y continuar la travesía de la vida cristiana, que no dejará de traer nuevos desafíos que afrontar.

El desafío para ti, en estos momentos, es sumarte al «Viaje» a lo largo de las páginas de este libro, no solo para

disfrutarlo, sino para identificarte de alguna manera y encontrar aliento para seguir adelante.

Esteban Figueirido Woodford
Psicólogo, escritor y conferenciante

Índice

Agradecimientos.....	7
Reseñas.....	9
Prólogo.....	11
Índice.....	15
Introducción.....	17
ETAPA 1: MINISTERIO EN LA CUMBRE.....	23
En el palacio	25
Alimento para la travesía.....	31
ETAPA 2: MINISTERIO EN EL ABISMO	33
Sobrecogido.....	35
Alimento para la travesía.....	43
¡Cuervos!	59
Alimento para la travesía.....	67
Desierto.....	71
Alimento para la travesía.....	77
El milagro	83
Alimento para la travesía.....	93
La montaña.....	97
Volviendo a la montaña	103

Alimento para la travesía.....	111
Jezabel	117
Alimento para la travesía.....	123
La cueva	127
Alimento para la travesía.....	135
El rescate	139
Alimento para la travesía.....	145
ETAPA 3: CATAPULTADO.....	147
El viento	149
Alimento para la travesía.....	155
La voz	159
Alimento para la travesía.....	169
Eliseo.....	173
Alimento para la travesía.....	179
Destino.....	183
Los dos destinos.....	185
El profeta.....	191
Banquete final	197
Oración	205
Sobre el autor	207
Información y contacto	209
Guía devocional.....	211
Notas al final	223

Introducción

Un viento gélido hacía danzar la cortina de piel de carnero que resguardaba la entrada de la casa. En su interior se entretejían los olores a carbón humedecido y resudor humano; mientras, en el aposento alto, el profeta, que aún dormía, resguardaba su envejecido cuerpo con una desgastada capa. En el exterior, el viento soplaba con fuerza, aporreando sobre las paredes de la modesta casa de paja y adobe. Un oscuro silencio hacía presagiar que algo inesperado sucedería.

Aún no había cantado el gallo ni el sol se había despertado por el oriente, cuando se escuchó un grito desgarrador, repleto de angustia, que haría despertar a todo el vecindario, entre ellos a Elías, quien, con sus ojos como platos y sus manos temblorosas, no hacía otra cosa que preguntarse de dónde venían esos gritos.

—Era la viuda —se decía.

Cubrió su cuerpo con la desgastada túnica que hacía mucho que le acompañaba, y corrió al auxilio de su anfitriona. Aún estaba a oscuras, sus pies casi tropie-



zan al descender por la estrecha escalera que separaba su dormitorio de la entrada de la casa. Las lágrimas bañaban las mejillas, mientras que el dolor y la desolación se mostraban en el rostro desencajado de aquella pobre mujer, la misma que semanas antes había abierto las puertas de su hogar a Elías.

Todos en la pequeña aldea de Sarepta podían escuchar los gritos que salían de un alma desconsolada; sabían que una madre acababa de perder a su hijo, su único hijo. Era como si los cielos conspiraran contra aquella pobre familia.

Elías miraba fijamente al rostro pálido del joven, quien tan solo el día anterior había compartido con él un trozo de pan empapado en aceite. La madre abrazaba con fuerza el cuerpo del chico, cuando de repente fijó sus ojos en el rostro del profeta, y unas duras palabras salieron de aquel corazón devastado.

—¡Ay, hombre de Dios! ¿Qué me ha hecho usted? ¿Ha venido aquí para señalarme mis pecados y matar a mi hijo?

—La vida es natural, tener hijos es natural, amar es natural, pero morir no lo es —pensaba Elías—. Algún día no tendremos que enterrar a nuestros hijos, algún día venceremos a la muerte —resonaba con fuerza en su interior.

Una luz tenue penetraba por los bordes de la cortina, eran los primeros rayos del sol. Elías recostó su mano en el hombro de la mujer, que aún lloraba a su hijo, y con una voz que rebosaba compasión, le pidió que le entregara el cuerpo inerte del joven. Lo tomó y le llevó como quien lleva en sus manos una delicada obra de arte. Paso a paso, sus sandalias pisaban sobre los frágiles escalones de barro y piedra que le

llevaban a su habitación. Acostó al chico sobre el colchón de paja en el que dormía y postrado sobre sus rodillas, oró:

—¡Oh, Señor, mi Dios! ¿Por qué le has traído desgracia a esta viuda que me abrió su casa, al provocar la muerte de su hijo? —Entonces se tendió sobre el niño tres veces mientras clamaba—: ¡Oh, Señor, mi Dios, te ruego que le devuelvas la vida a este niño!

La gracia de Dios brilla con más intensidad en los días oscuros. Elías lo sabía y también sabía que su Dios no le dejaría en vergüenza.

La luz del día se abría paso entre los orificios de la casa, el rostro del profeta se iluminó al percibir la presencia de Dios en aquella habitación. El llanto de una madre desconsolada se tornaría en lágrimas de alegría al ver cómo los ojos de su pequeño se abrían, lentamente, al compás de la vida.

El Señor oyó la oración de Elías... la vida volvió al niño... ¡El niño revivió!

La alegría invadió aquella pequeña habitación en la que se respiraba vida. La luz llenaba toda la casa y también aquellos corazones que habían sido testigos del poder y la gracia de Dios.

La madre saltaba de alegría, mientras que el pequeño, con su hermosa cabellera y sus ojos marrones, observaba a Elías. Una voz interior le hablaba con fuerza al anciano profeta:

—Tu tiempo se aproxima —le decía.

La gracia de Dios
brilla con más
intensidad en los días
oscuros.

De muerte a vida, así podemos titular esta historia, o quizás, esta será la historia de todos aquellos que nos acompañen en este viaje. Una travesía en la que los guías seremos mi buen amigo Elías y yo. Os daremos las pistas de cómo Dios nos restauró y seremos testigos de cómo ambos vimos la luz al final del camino. Habrá lágrimas y alguna que otra sonrisa, pero estoy convencido de que descubriremos hermosas perlas espirituales; verdades que nos ayudarán en nuestro peregrinar hacia la restauración de nuestras almas. Así que, sin más, deseo que hagamos una sencilla oración antes de continuar:



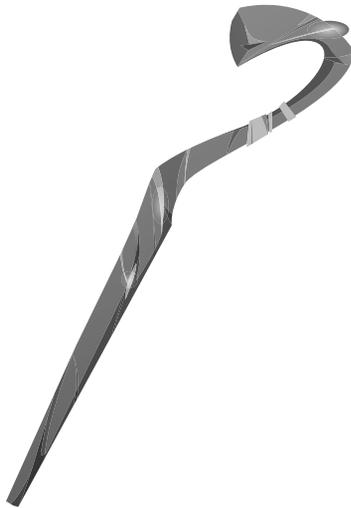
Dios, te ruego desde lo más profundo de mi alma, que puedas hablar a mi corazón mientras hago este viaje. Sabes cuánto necesito experimentar la restauración en mi vida. Por favor, guíame, y usa las historias y las vidas de aquellos que me hablarán en este peregrinar hasta llegar a la sanidad de mi corazón roto. Amén.



ETAPA 1

MINISTERIO EN LA CUMBRE

En la cumbre todo se ve mejor...
pero, ¿qué hacer cuando el dolor
o la pérdida nos hace descender al
abismo?





En el palacio

*Lo único que podemos decidir es qué hacer
con el tiempo que se nos ha dado.*

—Gandalf, *El señor de los anillos*¹

A lo lejos, Yasser observaba con fascinación las verdes y onduladas montañas de Samaria, eran como majestuosos lomos de camellos. De sus veinte años de vida, había dedicado los últimos ocho a cuidar del rebaño familiar. La norma aceptada socialmente decía que *«las ovejas estarán al cuidado del esclavo más débil o del hijo más pequeño»*. La economía de la casa no daba para tener esclavos, y aunque Yasser tenía hermanos más pequeños, todos eran de salud frágil, por lo que recayó sobre él la función más humilde: cuidar de los rebaños. Pero, lejos de incomodarle, esa obligación le encantaba, pues estar todo el día en el campo le proporcionaba una sensación de libertad única.

Ahora, extasiado con tan hermosa vista, sintió una leve racha de viento acariciando su rostro. A juzgar por lo cálida de la brisa pudo intuir que el viento provenía del lejano desierto de Judá. Ins-



piró profundamente sintiendo los efluvios del verano; era tiempo de ir en rumbo a Samaria. Siempre le fascinó aquella hermosa capital fundada por el anciano rey Omri. Nadie, al contemplar la bella metrópoli, podía imaginar que se había levantado sobre un barrizal de sangre humana, derramada en una guerra civil tan cruenta como innecesaria. Él sí lo sabía, pues parte de la sangre que empapó aquella fértil planicie, era la de su propio abuelo, quien dejó su vida en el empeño de defender la tierra. Ahora, su padre, un fornido granjero, lo estaría esperando a las puertas de la ciudad.

Aún de lejos, Yasser pudo escuchar el bullicio, y ya en la entrada se vio envuelto en una orquesta de sonidos: mujeres desgañitándose, niños riendo y corriendo entre la multitud, una mezcla de balidos de ovejas y mugidos de vaca. Los jovencuelos, apostados en la esquina, no quitaban la vista de las hermosas mozas, que con sus cántaros llenos de agua se paseaban por el mercado.

Se detuvo a la puerta de Samaria y su enorme rebaño hizo lo mismo, buscando la sombra que el muro de la ciudad proporcionaba, mientras aguardaba instrucciones del pastor. Las ovejas se mostraban pacientes, como si adivinasen que iban a ser trasquiladas, cosa que agradecían al anticipar el riguroso calor del verano.

Instantes después, Yasser y su padre se encontraban fundiéndose en un expresivo abrazo en el que el joven casi desapareció bajo los fornidos brazos y el musculoso pecho de su progenitor.

—Este será un buen año —comentó su padre al joven pastor, mientras ambos entraban a la ciudad, seguidos por

el gran rebaño de ovejas—. Nuestro buen dios Baal ha sido pródigo con nosotros.

El fino polvo del desierto formaba un manto rojizo en los cielos, como si la sangre de los corderos, derramada en los altares dedicados a Baal y a Asera, la diosa de la fertilidad, hubieran teñido las nubes. De forma evidente, a la vez que imperceptible, el sol fue ocultándose tras una densa nube de polvo que oscureció la ciudad.

De pronto, un fuerte ruido de trote de caballo resonó en las estrechas y polvorientas calles de Samaria, y enseguida se dejó ver un jinete cabalgando a lomos de un equino que avanzaba majestuosamente. Todos en el mercado hicieron silencio al paso del hermoso corcel, blanco con pintas negras. El porte y elegancia del jinete no dejaban lugar a dudas: aquel hombre era un digno mandatario o personal de la corte. Alguien lo reconoció, finalmente, y un murmullo se extendió entre los mercaderes:

—Es Elías tisbita, el profeta real —comentaban, señalando al caballero que galopaba envuelto en una hermosa túnica de colores. Su mirada era firme, y su rostro anguloso denotaba seguridad, pero no altivez. Como el de un avezado hombre de negocios que con gran pericia acabase de ganar una contienda comercial a su adversario.

Destacaban en la imagen la vara que el jinete portaba en la mano y la larga y abundante barba blanca que cubría, en parte, su rostro. A su paso, muchos hacían una leve reverencia, mientras otros, como el carnicero, rechinaba sus dientes con furia, a la vez que se reía para sus adentros, diciéndose:

—Ya queda menos para que este charlatán yavista sea exterminado. En cuanto el rey Acaz sea coronado, no quedarán más falsos profetas del antiguo Dios de Israel.

En los amplios atrios del palacio real dos enormes estatuas estaban siendo erigidas: a la derecha de la majestuosa entrada empezaba a alzarse la del dios Baal, y a la izquierda iba ocupando posiciones la efigie que representaba a la diosa Asera. Al pasar frente a ellas, el profeta sentía en su interior la flama de la ira. Aquellos monumentos representaban una horrenda ofensa al Dios de Israel, sufragada y alentada por el rey Omri. Elías lo había servido por muchos años, y le dolía inmensamente que adoptase el mismo comportamiento que su idólatra antecesor, el rey Jeroboam, quien vivió la mayor parte de sus días a espaldas del Dios de Israel.

Nadie, en toda la corte, desconocía quién era Elías, el tisbita. No solo se distinguía por su hermosa vestimenta; sino lo que en realidad destacaba era su integridad y su firme carácter. Eso le hacía ser amado y a la vez odiado, pero nunca ignorado.

El viejo profeta no se arredraba ante nadie; declaraba la verdad a la cara y sin ambages, sin importarle que el destinatario del oráculo divino fuera sirviente o rey. Ese valor le granjeó el respeto de todos, e incluso el temor de algunos de los más importantes cortesanos.

Era de sobra conocida la admiración que le profesaban los jóvenes estudiantes de las antiguas y reputadas escuelas proféticas de Judá e Israel, a pesar de que él nunca hubiera formado parte de ellas. No, Elías no egresó de una escuela de profetas, sino que fue escogido como heraldo por el mis-

mo Dios de Israel, en medio de una generación que, cada vez más, se alejaba de Él.

Hacía mucho que el rey no recibía a Elías, pues el corazón del gobernante estaba dividido entre sus mujeres cananeas y los dioses a los que ellas adoraban. Era como si no hubieran aprendido nada de su gran rey, Salomón, quien fue seducido a tal punto por el mundo que le rodeaba, que dejó de amar al Dios que le había dado el reino y la misma vida.

El rostro de Elías exhibía un gesto grave, matizado de furia y preocupación; no corrían buenos tiempos para Israel. Una sombra progresiva, pero evidente, iba aproximándose a la nación que antaño tuvo motivos para festejar, danzar y reír, mientras disfrutaban de la cercanía y sonrisa del Dios a quien entonces amaban y al que ahora habían dado la espalda.

El profeta, con una sensibilidad espiritual admirable, sentía ahora un peso en sus entrañas... como un oscuro presagio; un acontecimiento de gran calado y graves consecuencias estaba próximo a ocurrir. Dios se sentía como un esposo abandonado por su amada; el corazón paternal de Yahveh estaba dolido, como el de un padre a quien su hijo ha dado la espalda y lo ofende y avergüenza ante los amigos.

—Tantos años de rechazo, ofensas y abandonos no pueden quedar sin consecuencias —reflexionaba Elías, hablando consigo mismo.

Fuera de palacio, el cielo seguía enrojecido y, en las calles, los habitantes no encontraban resguardo del aliento sofocante que venía del desierto. El viento arremetía cada vez con más fuerza sobre los puestos de los mercaderes, y Yasser se lamentaba porque sabía que si ese día no trasquilaba a

las ovejas no tendrían ni un denario para comprar comida. En casa aguardaban su madre, su anciana abuela y sus seis hermanos. Todos esperaban a Yasser y la comida que este trajera.



Alimento para la travesía

Amado lector, por muchos años he batallado con un fuerte deseo de aceptación. En ocasiones, este profundo sentimiento me ha llevado a tomar decisiones de las que luego tuve que arrepentirme. Algo que me ha enseñado el discurrir de los años es que el origen de esta necesidad se encuentra en algunas heridas de mi infancia.

Al meditar en la vida de Elías, pude comprender dos verdades espirituales que fueron liberadoras para mi vida, y espero que también lo sean para la tuya:

- Primera verdad: Elías no buscó la aceptación de los hombres, aunque eso le llevará más tarde al exilio. Él sabía quién era; su identidad no dependía de la opinión de quienes lo rodeaban o de la posición social y económica que ostentasen. Su identidad se cimentaba en aquel que lo llamó y comisionó: en Dios.
- Segunda verdad: Elías jamás negoció con sus principios. Por el contrario, fue fiel a aquel a quien servía, a pesar de que eso pudiera llevarle a perder el respeto de los hombres; antepuso el favor de Dios al reconocimiento humano.

Dos preguntas en las que te sugiero meditar surgen de estas verdades espirituales:

- ¿Buscas el respeto y la aceptación en aquellos que te rodean o en aquel que te llamó?
- ¿Has renunciado alguna vez a tus principios con tal de sentirte aceptado o reconocido?

Queda claro que no es mi intención ganarme el favor de la gente, sino el de Dios. Si mi objetivo fuera agradar a la gente, no sería un siervo de Cristo.

—Gálatas 1:10



Ora conmigo:

Señor, ayúdame a encontrar en ti la fuente de mi deleite, que todo lo que haya podido alcanzar a través de mi esfuerzo, lo tenga por basura con tal de llegar a conocerte a ti de la manera en que tú me conoces. Abre mis ojos para alcanzar a ver la vida a través de los tuyos, y en especial, te ruego que me ayudes a entender, a través de tu Palabra, quién dices que soy. Amén.